

□ Tiempo de lectura: 1 min.

Un explorador viajaba por las inmensas selvas de la Amazonia en Sudamérica.

Buscaba posibles yacimientos de petróleo y tenía mucha prisa. Durante los dos primeros días, los nativos que había contratado como portadores se adaptaron al ritmo rápido y ansioso que el hombre blanco pretendía imponer a todas las cosas.

Pero en la mañana del tercer día permanecieron en silencio, inmóviles, con un aire totalmente ausente.

Estaba claro que no tenían ninguna intención de volver a ponerse en marcha.

Impaciente, el explorador, señalando su reloj, con amplios gestos intentó hacer comprender al jefe de los portadores que tenían que moverse, porque el tiempo apremiaba.

– Imposible, respondió el hombre, con calma. Estos hombres han caminado demasiado deprisa y ahora están esperando a que sus almas les alcancen.

*Los hombres de nuestra época siempre van más deprisa. Y están inquietos, aturdidos e infelices. Porque sus almas se han quedado atrás y ya no pueden alcanzarles.*